

Cada quien nace con una
facilidad, yo nací para enseñar
María Teresa González de Girón
Maestra rural

Entrevista y edición:
Ana Victoria Jiménez Álvarez

Yo, en un rato de lucidez, le pedí a mi hija un casete para grabar, para decir quién soy, cuándo nací, cuántos hermanos fuimos, quiénes fueron mis padres y mis abuelos. Hace apenas unos meses de mi enfermedad, y por eso estoy aquí sentada, inmóvil, y cuando me viene un reflejo, hablo inmediatamente, porque si no digo las cosas en el momento, se me olvidan. Por eso me vino la idea de grabar y me da mucho gusto que lo estén haciendo.

Fuimos siete de familia. Chelo, mi hermana mayor, nació en Tula, Tamaulipas. En realidad nacieron gemelas, pero la otra niña murió –según nos contaba mi mamá–, murió muy chiquita; después seguí yo, en Cerritos, y Francisco, que murió. Luego nacieron Amparo, Paco, Toño, Eloísa y Everardo, en San Luis Potosí. Esos fuimos todos. Después vimos como hermano menor a Guillermo, mi sobrino, hijo del primer matrimonio de mi hermana Amparo. Al poco de divorciarse, se volvió a casar, y como Guillermo estaba muy chico, mi papá dijo que no había necesidad de que ese niño sufriera, por lo que se lo dejaron a mis papás.

Nací el 28 de mayo de 1914, como a las tres de la mañana –según me cuentan–. Mi familia se acordaba bien porque un tío andaba de novio con una de mis tías, y ese día le llevó gallo, que en mi pueblo se acostumbraba entre cuatro y cinco de la mañana, y para esa hora yo ya había nacido. Decía mi mamá que, antes, el lujo de la gente era tener pistola y al final del gallo echar bala por todo el pueblo.

Mi infancia la viví entre mi pueblo y San Luis, lo mismo que los primeros años de escuela. Aunque entonces no daban ni certificado.

Mi papá era comerciante y todo lo traía por carros de ferrocarril, nunca vi que fueran comprando de a poquito. De todo había

en mi casa y casi todo lo tenían en bodegas. Por ejemplo, en la bodega de la sal, que era un cuarto como de cinco por cinco metros, cabía un carro de ferrocarril lleno de sal que traían de más adelante de Tampico, de un lugar llamado Salinas. Mi papá nos explicaba el procedimiento de cómo se hacía la sal, por eso sé muchas cosas, porque todo nos lo contaba él. Así, la sal embodegada surtía a todos los comercios chicos de Cerritos. También el piloncillo llegaba así. Él compraba lo que llaman aquí *pepita*, y nosotros semilla de calabaza, para mandarla a México. Ayudaba a muchos campesinos que sembraban, y cuando recogían la cosecha se la vendían, les pagaba bien, y embarcaba el maíz.

Mi padre siempre compraba una carreta de leña de mezquite y otra de leña de palo blanco y la hacinábamos; luego el carbón por toneladas, por lo que siempre había de todo. Como era comerciante, la fruta le llegaba por cajones. Me acuerdo de que mi hermana Chelo y yo cogíamos un periódico, nos sentábamos en el zaguán, nos arrimábamos la caja de los mangos y a comer y comer, ¡sabrá Dios cuántos comeríamos! ¡Las nueces!, ésas que se aprietan, las compraban por medida y también las comíamos.

Raras veces compraban leche, porque después de trabajar mandaban a los animales del agostadero y allá también tenía sus vaquitas mi papá. Cuando menos leche había, era cuando estaban las vacas paridas; las bajaban y mi papá ordeñaba una o dos vacas, pero siempre había leche para nosotros. Por eso, el proceso de la leche, la ordeña y de los productos que con ella se hacen lo conozco al dedillo, porque mamá nos hacía jocoque, sacaba crema, y cuando ya nadie quería crema, pues a dale y dale, la batía a mano, porque antes no había aparatos y así se hacían las bolas de mantequilla, los quesos y todos los productos de la leche. Todo eso lo conozco bien.

De la siembra, lo mismo, porque veíamos cuando abrían los bultos del maíz y luego lo sembraban, después venía el desquelite, levantar la cosecha. Todo eso lo vi en mi casa y en el campo. De la

milpa traían docenas de elotes tiernitos y lo que aquí llaman *huitlacoche*, los hongos, para que mi mamá los guisara; eran muy sabrosos, y yo los sé guisar tan bien como ella. Así, cuando había elotes, nos llevaban a la milpa. ¡Era todo un día de campo! Mamá iba con nosotros y una de las sirvientas para preparar y repartir la comida y asar elotes. Antes se podía tener dos o tres sirvientas, ahora ya no es posible. Además, se tienen esos aparatos maravillosos y todo es distinto, es otra cosa.

Antes, sólo la gente de mucho dinero tenía coche. Todo lo que se cargaba era en carreta, burro y caballo, pero nada de coche. Había carruajes de caballos, pero no muchos coches motorizados. En mi pueblo habría nada más unos tres. Recuerdo que cuando éramos más grandecillas, mi papá metió un carro de sal y se lo vendió a unos españoles que no pudieron pagarle, no sé porqué, y le dieron a cambio un coche Ford; desde entonces tuvimos carro. Mi papá manejaba y también Chelito, mi hermana, y a veces teníamos chofer.

Cerritos era entonces un pueblito. Contaban que se formó a raíz de la Revolución, en 1911, con las personas que salieron, por ejemplo, de Tula, Tamaulipas, donde vivían mis papás de recién casados, y de otras ciudades de mayor importancia. En aquel tiempo, esas ciudades se comunicaban mediante carretas y carruajes, pero Cerritos tuvo la fortuna de que pasara por ahí el ferrocarril. Mi papá y mi mamá se quedaron con las personas que los acompañaban. Llevaban a una hermana, una hija, y dos hermanos de mi papá, y ahí se quedaron porque pasaba el ferrocarril que iba de San Luis Potosí a Tampico; y como la mamá de mi mamá vivía en Tampico, pues estaban muy bien comunicadas. Todo eso lo vivimos, no nos lo contaban, y ahora, en mis ratos de lucidez, lo recuerdo. Hay cosas que de momento se me olvidan aunque las tenga en la mano.

Antes de salir de Tula, cuando la Revolución, por parte de sus padres y de sus tías tuvieron un rancho, que todavía está en el mapa

de San Luis Potosí, ¡es una cosa chiquita que dice: La Yerbabuena! Mi papá, en Cerritos, tenía ocho fanegas de sembradio, porque entonces así se llamaba donde se sembraba el maíz, y entre el maíz echaban frijol. Después cosechaba cebada y, en los buenos tiempos, algodón; tenía una despepitadora de algodón. Además, como todo mundo, tenía sus animales: su caballo de montar, animales de trabajo y mulas.

El pueblo entonces no era tan grande como ahora. Hará unos quince años que fui y ya había, además de la escuela de gobierno, escuela particular, escuela de monjas, secundarias, preparatorias. También habían metido el agua potable, estaba muy cambiado.

Mi papá fue presidente de Cerritos. No porque él se lanzara —era completamente apolítico, no le gustaba nada de eso—, sino que, cuando el profesor Manríquez visitó pueblo por pueblo y llegó al nuestro, habló recio en el quiosco. Cuando supo cómo estaba la cosa, a voz en cuello gritó que quería a los hombres más honrados, y entonces Anastasio, Tacho Puente, y otros más, dijeron que ése era mi papá, Francisco González, y lo pusieron de presidente. Tacho Puente ya no existe.

Mi papá, luego, luego, llevó una muestra de la herrería del quiosco a la fundición de Pisuto, en San Luis Potosí. Era un quiosco muy grande y muy bonito, y la plaza también lo era; llevó esa muestra para que hicieran los enrejados faltantes. Luego pusieron tubos de metal para llevar la luz, porque no había luz en mi pueblo. La luz la manejaban unos jóvenes de apellido Pedroza y la ponían de seis o siete de la tarde hasta las doce de la noche, o cuando había fiesta, y entonces sí amanecía el pueblo iluminado. Después metieron el agua, porque cuando yo era niña el agua potable se compraba y la acarreaban en carretones y barricas. Además, teníamos grandes tinacos y cisternas donde se guardaba el agua de lluvia, por lo que no le hacía a uno falta agua en todo el año, pero la potable la comprábamos por botes. Durante el tiempo

que mi papá estuvo de presidente, después de que el municipio le debía a los profesores más de año y medio de salarios, en seis meses les pagaron todo.

Yo tengo un retrato de cuando mi papá fue presidente. Está con los que formaron el gobierno. Creo que al presidente le pagaban dos pesos con cincuenta centavos diarios, y mi papá los donaba para el municipio. En esa foto está con el gobernador de San Luis Potosí, profesor Aurelio Manríquez, Gerónimo Pérez, el profesor Tomás Gómez, el comandante de policía José Leija, y Pedro Nájera, que era cobrador. Don Refugio Vargas y su hermano Luis, llevaban los libros, las cuentas, les decían entonces “tenedores de libros”, hoy les llaman contadores; don Francisco López, Camilo Balderas, y luego Toribio Flores que trabajaba en la Pagaduría.

La casa de Cerritos era amplia, como toda casa de pueblo. Teníamos patio, jardín, traspatio y corral, por lo que podíamos hacer lo que más nos gustaba: corretear todo el día. Los juegos de entonces eran como los de ahora: Naranja dulce, limón partido; A la víbora de la mar; los Encantados, y ese otro que decía: “El patio de mi casa es particular”. Son lo mismo, porque juegos y costumbres se van heredando.

Teníamos, más bien los niños tenían su circo, pero nos convidaban a las niñas. Mis hermanos y los primos que vivían cerca de nosotros se juntaban y hacían un circo en el corral de la casa. Mi número consistía en arrojar alcohol en el suelo y prenderle un cerillo, y mientras bailaba sobre el fuego, trataba de apagarlo. Era alcohol con agua. Ésas eran las tonteras que inventábamos. ¡Teníamos un trapecio y un columpio con los que los muchachos hacían números de circo.

Como se cocinaba con leña, todos los jarros estaban negros, así que agarraban uno grande y le pintaban ojos, luego se lo amarraban a la espalda, se ponían en cuatro pies, se tapaban con una sábana vieja y ahí andaban, caminaban con el jarro. En la noche

salían a la calle y espantaban a toda la gente y a los demás muchachos. Mamá les daba todo eso para que jugaran. Un pueblo es como una familia donde unos a otros se cuidan, uno cuida a los hijos de su amiga, no es como en la ciudad.

Cuando uno es chico es tremendo, y yo era tremenda. A mí lo que me gustaba era subirme a los árboles, sobre todo cuando hacía viento. Me quedaba ahí como changa amarrada, abrazada a las ramas, con riesgo de caerme. Pero eran cosas de niña. Tuvimos una niñez –para mí– hermosa. Más bonita de lo que veo ahora. Entonces no había televisión ni nada para divertirse. El fonógrafo era de vasos y la aguja de diamante. Oíamos música de aquellos tiempos. No sé los nombres de las piezas, pero era música bonita, de Juventino Rosas, que tiene vales preciosos. Era la música que le gustaba a mi mamá. Y ese fonógrafo ¿a dónde iría a parar?, ¿tal vez a la basura?, porque uno no sabe lo que tiene hasta que lo ve perdido.

En nuestra época los días de salir a visitar o a pasear eran nada más los domingos. En la mañana temprano nos parábamos, nos bañaban, nos arreglábamos, nos llevaba a misa mi mamá grande, y más tarde regresábamos a la casa con ella.

Si había circo, títeres o alguna otra cosa, mi papá nos llevaba en la tarde. Vimos a la famosa compañía de títeres de Rosete Aranda, cuando visitando pueblo por pueblo llegó al mío. Recuerdo una ocasión en que salía un payasito bailando, luego un cocodrilo por el otro lado y de dos tarascadas se lo comía. Para nuestra edad, aquello nos dejaba con la boca abierta y la baba cayéndonos. Se lo he contado a mi nieta y se carcajea porque le parece una tontería. Al cine nos llevaban sólo cuando había películas que pudiéramos ver.

Sé muchas cosas porque mi madre fue una persona ambiciosa. Era una mujer muy preparada, porque en aquellos tiempos educaban a las señoritas en colegios de monjas. Ella asistió a uno muy

famoso, el del Verbo Encarnado. Sabía música, inglés, pintura, dibujo, y todo lo concerniente a la educación de antes, que no era como la de ahora, y todo lo que aprendió nos lo transmitió. Entonces no había secundaria ni preparatoria ni nada de eso. En el Colegio del Verbo Encarnado todas las monjas eran extranjeras, preciosas, ¡qué mujeres tan bonitas y tan preparadas! Allí hizo su primaria, pero no daban papeles ni certificados, así es que no hay constancia. Sus estudios los hizo en Tula, Tamaulipas, donde también se casó.

Para las lecturas, mi mamá. Primero nos contaba cuentos, pero después nos compraban hermosos libros para iluminar, en los que al pasarles un algodoncito mojado, aparecían los colores, eran libros alemanes. ¡Cuentos preciosos! Entonces no había aquí cosas de esas, como tampoco telas, todas eran suizas, finísimas, de novia, que es una tela preciosa, delgada. De esa tela hice las camisas de mi hija, camisitas al estilo antiguo, porque ahora ya no se usan; las utilizaron mis nietos, y todavía las tengo guardadas para cuando tengan sus hijos. Las tiras bordadas, los encajes, todo era suizo, porque aquí no había.

Antes toda la ropa se fabricaba en casa: fondos, calzones y vestidos. Las mamás cosían, y como ahora la televisión —que hasta en las casuchas de cartón hay una antena—, antes en la casa más humilde había una máquina de coser Singer. Yo tengo una Singer sencilla, de las que caminan para atrás y para adelante, que entonces eran gran cosa. En San Luis tomé varias clases en la Singer para bordar a máquina y hacer vestidos. Antes le enseñaban a uno desde niñas a hacer el “repulgo”: se sacan dos o tres hebritas para bastillar y se cose la bastilla con el nudo. Luego enseñaban los bordados en blanco, que primero se empavonan, es decir se rellena la hojita y luego se pasa el hilo por arriba. Todos eran hilos importados, legítimos de algodón, los DMC, ingleses, y La Cruz (Le Croix), franceses. Aquí ya los fabrican, pero no con la calidad de aquéllos. Además, ahora son de nailon, pero son horribles, por-

que con el agua caliente o con la plancha se deshacen y se descose la ropa. En cambio, con los hilos de algodón, ¡dónde iba uno a jalar y reventarse alguna costura! Si algo quedaba mal, mi mamá nos ponía a desbaratarlo y a volver a coser. Así era la educación que recibíamos.

Todito se hacía en casa. Por ejemplo, antes no iba uno a comprar mermelada, se hacía para todo el año. Se llamaba cajeta, no como aquí, que le dicen ate, ate de membrillo, ate de manzana, no, para nosotros, allá en San Luis, eso era cajeta y se hacía en casa. De la carne del membrillo se hacía la cajeta y con lo del centro se hacía otra clase de dulce, que por cierto lo embarraban en una tela de manta, lo ponían a secar, lo desprendían y quedaba como si fuera carne, era muy agradable y decían que muy alimenticio, aunque el membrillo es muy pegajoso, de esa forma sabe muy bien. Me acuerdo de que en la época de membrillos los cocían en pailas grandes. Luego nos ponían a todos a pelarlos y a sacarles el centro para hacer lo que le dicen “moco”. En un molino de mano el mozo molía la pulpa del membrillo ya cocido; mamá lo batía con azúcar y lo ponía a cocer en un cazo grande. Ahí estaba el mozo, mueve y mueve, meneando y meneando, hasta determinado punto. Entonces lo sacaban y forraban los moldes con unos cuadros de papel de china, pero ¡papel de china de aquel!, y ahí echaban la cajeta. Lo mismo se hacía con la manzana, el tejocote y la guayaba: se cuecen, se muelen, se agrega azúcar, se menea, se cuele para sacarle la semilla hasta que llega a su punto. Así lo hacían y así lo veía, porque uno de chico anda de mirón, ¡nada más estorbando!, como decían los grandes, pero aprendíamos.

También se hacía el chorizo y la longaniza. Se mataba a los puercos y salían latas de manteca, una refinada y otra de chicharrón, que eran para el servicio de la casa. Con la carne se hacía el chorizo: se molía la carne y se desvenaba chile ancho tostado. Después se untaba la carne con el chile ya molido y distintos condimentos,

como ajo, orégano, pimienta y sal, se dejaba sazonar en vinagre durante varios días y después la metían en tripas de res.

En cuanto a la leche, mamá la ponía a reposar y con una cuchara le quitaba todo lo gordo. Iba llenando jarritos y jarritos, uno para cada quien, con el que hacía el jocoque, que es de estilo árabe, y eso nos lo daban todos los días, le poníamos sal y a pura cuchara nos lo terminábamos. Yo todavía hago jocoque cuando voy a Cuautla, porque allá venden leche bronca, como le dicen a la leche de vaca. Lleno un recipiente de plástico, lo dejo toda la noche sobre el piloto y al día siguiente amanece cuajada. La meto al refrigerador y ya está el jocoque. A la demás leche, mi mamá le ponía una pastilla y la dejaba cuajar, se colaba, se le sacaba toda el agua, pues el suero era para los cochinos. Ya cuajada la leche, la apretaba para hacer los quesitos y la cuajada también nos la comíamos. En la casa había una vaca, por lo menos, para la leche de nosotros, y cuando llegaba a faltar, mamá se la compraba a la gente que tenía vacas, ¡pero ésa era leche! ¡Con nata! Para hacerla mantequilla se menea durante mucho rato hasta que suben las bolitas de mantequilla.

Las tortillas las hacía la sirvienta. Escogía las mazorcas, las desgranaba y ponía el nixtamal en la tarde. Cuando estaba listo, lo lavaban y lo dejaban sin agua. Al otro día, tempranito, se llevaba al molino, y ya en el metate, a bajarlo, sacar los testales y a tortear. Y luego a comer, ¡qué tortillas aquéllas del comal, a las que les decían “sapos”! Ya después ni se quebraba el maíz ni se molía el nixtamal en la casa, porque empezaron los molinos.

Mi mamá hacía pan y también pasteles, y por lo regular muchas cosas para Todos Santos. Hacía gorditas de horno y nosotras andábamos de metiches. Teníamos un horno de material al que el mozo le metía leña. Cuando ya estaban las brasas calientes, lo barría, y él mismo metía las hojas de lámina con las gorditas de harina de maíz con manteca, piloncillo y canela. Muchos años después también el pan se empezó a comprar, porque las panaderas salían con unos canastos y repartían el pan por todo el pueblo.

Las enchiladas de San Luis son muy ricas. La masa se bate con el chile ancho molido y se hacen las tortillitas, que quedan rojas. Cuando se están cociendo en el comal, se les pone queso, y con la misma masita se pegan. Se les pone encima chorizo, zanahoria, papas y ejotes. Recientemente las empezaron a vender en cajas para guardar en el congelador.

En mi casa usaban planchas, de esas que se ponían sobre un comal en la estufa de leña. Se ponía una media docena u ocho planchas, se agarraban del comal y con ellas planchábamos. Después vinieron las de brasas, que se ponían adentro de la plancha y que ocupaban los sastres, se le soplaba y salía la ceniza. Luego vinieron las planchas eléctricas y, ahora, las de vapor. En aquellos tiempos mi abuela planchaba las camisas con la pechera dura, que era como harina, como alumbre. Ahora, en cambio, es muy fácil, hay almidón con el que no queda dura la ropa. Todo se ha facilitado, ya no es como en aquella época en que estaba uno llore y llore, porque si la leña estaba mojada, no encendía.

Mi abuela materna era hija de española y francés. La señora tenía los ojos de un azul divino y era blanca, como una magnolia. Fue con la que más nos llevamos. Me acuerdo de que todas las noches se quitaba las medias negras y a mí me gustaba mucho levantarle las faldas para verle las piernas blancas, como de porcelana. ¡Muchacha! –me decía–. Se llamaba Engracia y todo mundo le decía Engracita, para nosotros era mamá Chita. Era como yo, que apapacho a mis nietos. Siempre la quisimos mucho. El papá de su papá vino de Francia y aquí se casó y nacieron todos sus hijos.

Mi abuela me platicaba que ese señor, mi bisabuelo, tenía un alambique y que vivía en el antiguo Morelos. En aquellos años había un general francés apellidado Lupin, que iba a echarse su cañazo y llegaba gritando. Mi bisabuelo tenía recua de mulas y caballos, y –contaba mamá Chita– viajaba desde Baja California hasta Guatemala; de Guatemala llevaba perlas y otros productos

para vender, en recuas, porque entonces los carruajes eran para la ciudad. Decía que llegó ese Lupin con toda la caballería y los animales pasmados y se los cambió al bisabuelo. ¿Quién se oponía entonces? También decía mi abuela que ella tendría unos seis o siete, tal vez ocho años, y el cabello rubio hasta la cintura, y que el fulano ese la alzaba y la besaba, todavía con los bigotes llenos de cañazo (así le llaman al aguardiente puro), y le decía: ¡ésta parece de mi país!, pues era francés el tipo ese. Era lo que ella nos contaba. Mi abuela murió a los noventa y tantos años.

Ella se casó con mi abuelo, Francisco Ramírez Ayala, que era abogado, y de ahí nacieron mi mamá y mis tíos, Socorro, José y Pedro. Tuvieron más hijos, pero murieron. Era a la que más veíamos, porque mi mamá grande vivió mucho tiempo con nosotros. Le gustaba leernos, nos leía mucho, como esa novela, *Virgen y mártir*, de una muchacha, Genoveva de Brabante, a la que no dejaban casar, de la que ella nos leía un capítulo y nos lo comentaba, hasta que nos leyó todo el libro.

Las abuelas son malillas, pero yo también era malilla. Me acuerdo de que ella tenía un jazmín de la India, un clavel blanco, yo puse uno en Cuautla para acordarme de ella. Lo tenía en un barril, lo apreciaba como a sus ojos y yo iba y le robaba las flores. Un día me cachó y me dio un pellizco: “¡Ay, mamá grande, uñas de becerra!”, le dije. Y ni siquiera éramos la milésima parte de lo grosero que son los niños ahora. Cómo han cambiado las generaciones, ¿cuándo íbamos nosotros a bromear o a tener el intercambio con nuestros padres que tienen ahora mis nietos con los suyos?

Mi abuela, la mamá de mi papá, se llamaba Adelaida. Era una señora chaparrita con su blusa blanca, de mangas con encajes, de las que asomaban los dedos blancos; falda negra, que nada más dejaba ver la punta de los zapatos, y una bolsita también negra. Ella fumaba cigarros Carmencita de a cinco centavos. A mí me mandaba a que se lo encendiera, porque ella siempre estaba sentada

en el zaguán viendo quién entraba y quién salía. Porque allá se usaba la puerta abierta de par en par todo el día, no sé ahora, pero allá no hay la maldad de la gente como la he visto aquí. Entonces se sentaba para ver cuando entraban los cargadores, lo que sacaban, lo que llevaban, ella era la que inspeccionaba. Me decía: “¡María Teresa!”, y que le llevara a encender su cigarro; yo atravesaba todo el patio, iba hasta la cocina y de regreso le venía dando chupadas y brincando en un pie, cuando se lo entregaba ya le había dado sus chupaditas, y esas fueron las fumadas que yo di, porque nunca me gustó fumar.

En Cerritos había un revolucionario, Adalberto de Ávila, que andaba por ahí, levantado en armas. Decía mi mamá que de vez en cuando entraba a ver a quién extorsionaba, pero allí no hubo combates ni cosas así, tal vez los hubo en otras partes, pero de eso no nos contaba mamá. Por ejemplo, el tren de San Bartolo a Cerritos fue una vez bombardeado y nos llevaron a verlo. El paseo más novedoso era ir a la estación, iba uno a pie a ver pasar el ferrocarril con todos los carros, una mitad con piso y la otra no. Ese revolucionario era muy malo, porque decían que bajaba a los pasajeros del tren, les cortaba la planta de los pies y los hacía caminar sobre sal. A las mujeres les cortaban los senos, ¡horror y medio lo que ocurrió en la Revolución! Pero como en Cerritos vivía su familia, creo que por eso no atacaron. Decía mi mamá que una vez llamaron a todos los comerciantes, entre ellos a mi papá, para exigirles grandes cantidades de dinero, pero como en eso llegó la orden de que se retiraran, ya no le tocó dar nada. Pero siempre vivieron con aquel susto hasta que terminó la Revolución.

Recuerdo que mi papá compró una casa amueblada en la Quinta y Altamirano, Altamirano número 43, en San Luis, que ya no existe. Cuando estuvimos en San Luis, ahí fue donde vivimos. Mi papá iba cada ocho días; pasaba la mitad de la semana con nosotros

y la otra mitad en Cerritos, que era donde tenía su negocio. Estaba tan cerca en tren, creo que a hora y media o dos horas, que íbamos y veníamos; bueno, nosotros solamente en tiempo de vacaciones.

De chicas, como antes se acostumbraba, mamá jugaba con nosotras a las muñecas. Todas las tardes lo hacía. Nos había comprado unos mueblecitos que fabricaba un señor en San Luis para nuestras muñecas.

Nosotros estuvimos en uno de los principales colegios, el de las Santos, dirigido por la hermana mayor, Clementina, Ester y María. La escuela de las señoritas Santos era mixta. Allí estuve en primer año, porque el segundo lo hice en Cerritos así como parte de la primaria, en una escuela particular mixta, con una profesora recibida que se apellidaba también Santos. La directora se llamaba Juana Santos, y su hermana Ángela era la que nos daba clase de costura y, a veces, nos revisaba los dibujos. Le decíamos Angelita y tendría como unos veinte años. Eran dos hermanas y su mamá. En esa época no se usaban papeles ni registro civil, ni de nacimiento, ni de nada. Mi papá me contaba que en sus tiempos, ¡qué pagarés ni que nada! Usted le prestaba a alguien una cantidad de dinero para tal día y tal día le pagaban. La palabra valía y yo así soy.

El colegio particular se llamaba Josefa Ortiz de Domínguez, y daban educación preprimaria, elemental y superior. En el segundo semestre del tercer año, tuve un premio por mi aplicación, me dieron un diploma en diciembre de 1923. De mi certificado, ya ni me acuerdo donde quedó. En ese entonces no se sacaban, como ahora, fotostáticas ni nada; uno llevaba los papeles y todos se iban al archivo, ¡ya ni han de existir!

Y en la escuela primaria superior Sor Juana Inés de la Cruz de Cerritos, acabé la primaria. La directora era Ester Méndez López, y mi certificado dice: “La niña María Teresa González terminó su educación primaria superior, aprobada en todas las materias, en

la ciudad de Cerritos, el día 27 del mes de noviembre de 1929”. Las materias eran las que enseñaban en primaria: geografía, aritmética (no matemáticas), gramática e historia. La música era aparte. Las madres que tenían mejor educación eran las que mandaban a sus hijos a estudiar música con un particular. Mi mamá, por ejemplo, como se educó en un colegio con puras monjas, sabía tocar, cantar, pintar, dibujar. Ahora, en la escuela secundaria enseñan corte y confección, pero entonces, en la primaria nos enseñaban costura, deshilado y bordado, aunque no bordados a la alta escuela, eso era hasta secundaria.

Pertenecíamos a la Sociedad de los Santos Ángeles, por cierto todavía tengo mi Manual, ya todo desbaratado, pero por ahí lo tengo, después de tantos años. Hicimos juntas la primera comunión mi hermana Chelo, mi amiga Toña Ávila, Ernestina y otras que no me acuerdo, como seis muchachas, porque pertenecíamos a la Sociedad. Mi vestido fue de encaje suizo, todavía me acuerdo, era como de florecitas, manga tres cuartos, sencillo, estilo princesa, cuellito redondo, el fondo de tira bordada y abajo todo de encaje. Del de mi hermana no me acuerdo, pero del mío sí porque lo disfruté, ¡bien que lo disfruté!

También íbamos a ofrecer flores en mayo, todas las tardes del mes, en una ceremonia muy bonita. Las que estábamos en la Sociedad de los Santos Ángeles rezábamos después de la misa. Había una presidenta, Clemencia Castillo, que nos leía un manual grande, y luego rezábamos no sé qué oraciones y nos íbamos a casa. Eso era cada ocho días, en la iglesia, en la capilla del Sagrado Corazón. Seríamos como doce o quince muchachas. Al frente de la iglesia estaba el señor cura Ramón González, pariente lejano de mamá, padrino suyo, que debió ser de origen español porque era blanquito y de ojos verdes.

Cuando cumplí quince años, mi mamá me hizo enchiladas y preparó una merienda sencilla, porque no se acostumbraban los

rebumbios de ahora, ¡qué quince años ni qué bola de tonteras! Las llamo tonteras porque creo que eso es para quien pueda gastar en la fiesta y no amanecer al otro día tocando a la puerta de la comadre, pidiendo prestado para comprar tortillas. Las enchiladas estaban rellenas de queso y arriba llevaban chorizo y verdura, y convidamos a mis amigas, las más amigas. La merienda, como se dice, de café con leche, porque aquí toman atoles con chocolate, y los tamales se toman con atole y el chocolate es para los pasteles finos.

Teníamos amigas escogidas. Mi mamá las escogía de matrimonios igual de decentes que el suyo. Sobre todo que los padres, como luego dicen, no tengan cola que les pisen. Antes no había divorciadas, ¡dónde iba a haber divorciadas! Un matrimonio hacía amistad con otro matrimonio que fuera igual a ellos.

En San Luis no sé cómo se celebraban las fiestas, pero en mi pueblo, Cerritos, daban unos regalitos cuando se cumplían años nada más, todo muy simple. Antes, regalar o pedir dinero era una ofensa, ¿cómo iba a pedirle a algún pariente? A nosotros, mi papá y mi abuela nos daban domingo, pero pedirle a un tío, como ahora se hace, ¡nunca! Todo ha cambiado. Le platicaba a mi nieta que en mis tiempos no se usaba eso de quedarse en casa de las amigas. Sí nos quedábamos con mi abuela, pero ¿en casa de las amigas? Y ahora se usa: ¡me quedo con fulanita!

Yo no estuve con las de la Vela Perpetua porque eso era de señoras, y de señores grandes. No supe bien lo que era eso. Claudita Rocha era la presidenta y lo fue toda su vida; nos daba risa porque le decían: ¡Aquí está Porfirio Díaz! Precisamente con ella practiqué la hechura de las flores de tela. Mi mamá sí era de la Vela Perpetua, y aunque nunca fui, me imagino que sería cosa de rezar. Creo que todos los días les tocaba a unas señoras estar de guardia desde temprano hasta que entraban los señores que velaban, pasaban la noche acompañando al sagrario donde estaban las hostias y evitaban que se apagaran las velas. En la noche, los señores

llegaban, hacían el cambio y se turnaban. Tenían, por ejemplo, tres días unos y tres días otros, según creo, pero al frente estaba Claudita Rocha, a la que le decíamos mamá Claudita.

Tal vez había otras congregaciones, pero yo ni cuenta me di. Después, cuando pasaron los años y se abrieron las iglesias, llegó un sacerdote, Contreras, no me acuerdo de su nombre. Él organizó lo de la Sociedad de Damas Católicas, a la que también perteneció mamá y cuyas reuniones eran una vez al mes o cada dos meses, y acordaban lo que tenían que hacer. Pero eso ya fue después, y también había las de Santa Teresita, en la que a cada muchacha nos daban cierta cantidad de botones con la foto o una imagen para ir a venderlos, porque ese padre parecía la bota del diablo, nada más pedía dinero, puro dinero; cada año cambiaba de coche, y a los tres meses de estar ahí empezaron a llegar los sobrinos, que eran como si a él le hubieran cortado la cabeza y se la hubieran puesto a los sobrinos.

En tiempo de Calles cerraron las iglesias, y las ceremonias religiosas eran ocultas. Las misas o los matrimonios se celebraban donde vivían las personas. En esa época, una amiga de mamá se casó, no me acuerdo cómo se llamaba, pero sí que llegó a la casa, y también el novio, y mis papás fueron los padrinos. Había misas ocultas dondequiera. No perseguían, eso ocurrió en Michoacán. Bueno, eso lo he leído después, porque mi esposo me compró la colección de tres libros sobre la Guerra Cristera y los leí; ahora, ya de casada, de vieja, es cuando he razonado y reflexionado más sobre eso. En aquella época nada más cerraron las iglesias. Decían que Calles visitó Roma y que vio una pieza forrada de planchas de oro que se hizo con el dinero que recogían a la gente y que por eso lo prohibió. En mi casa nunca hubo ceremonias, pero sí a la vuelta, porque ahí vivía un sacerdote con su familia y ahí hacían misas. Después, cuando se abrieron las iglesias, ese sacerdote formó la Asociación Católica y la de las Santa Teresitas. En mi pueblo nunca hubo revuelta ni levantamientos ni nada de los cristeros.

Desde muy joven yo estaba preparada para todo, porque todo lo que fuera aprender, mamá nos ponía a hacerlo. Tendría unos ocho años cuando me enseñaron a hacer flores en Cerritos. Aprendí con Pachita Vázquez, que me enseñó a hacer desde el engrudo, ¡qué bien me enseñó! Y cuando fui a la escuela, ya había visto todo eso. Después lo practiqué con Claudita Rocha, la presidenta de la Vela Perpetua. De las telas de los vestidos viejos de los santos hacíamos las flores, que entonces eran de raso, ahora quién sabe de qué serán.

Claudita Rocha vivía en una casa grandísima y debajo de unos preciosos árboles grandes, creo que eran higueras, tenía una mesa donde se extendían los viejos vestidos, por ejemplo el de la Virgen María, y hacíamos los lirios blancos; de la capa del Sagrado Corazón de Jesús, flores rojas, y así, según las flores, preparábamos las telas. Ella nos enseñaba cómo pintar las telas con anilinas, todas alemanas. Primero se diluían en alcohol, y luego, con unas brochitas, o con brochas más grandes, le dábamos a la tela el verde de las hojas o los diferentes colores. Después recortábamos las hojitas, las planchábamos y las poníamos sobre moldes especiales. Por ejemplo, para los crisantemos eran unos moldes de fierro con los que palanqueábamos cada hojita. Luego las pegábamos en un alambrito, que ya estaba forrado, y por detrás, con otro pedacito de papel, las pegábamos. Quedaban preciosas. Había un papel crepé marca Deminson, creo que alemán, que era como seda. Lo usábamos para hacer las rosas. Nunca he vuelto a encontrar un papel así, porque cuando fui profesora enseñé a hacer flores de papel, pero el papel ya no era aquel tan hermoso. Era retebonito ir, porque nos juntábamos unas seis muchachas a trabajar y también a platicar.

Francamente, ahora me pongo a pensar cómo pude aprender tanto. Por ejemplo, sé hacer el encaje de bolillo a mano, ahí tengo todos mis bolillos y el muestrario que hice. A nosotras nos enseñó

una profesora de Lagos de Moreno. Como entre las alumnas yo era la más chica, se me hacían bolas los bolillos, pero una muchacha, a la que quise mucho –dicen que ya murió–, me decía: “No te preocupes”. Destorcía los bolillos y los volvía a prender; y como le caí bien a la maestra, siempre me prestaba las muestras adelantadas para que en la noche, en mi casa, las sacara y al otro día se las devolviera. Así aprendí a hacer el encaje de bolillo. Los bolillos son unos palitos donde se enreda el hilo y luego en una almohadilla redonda se va prendiendo con alfileres, con puros alfileres, y después se le quitaban. Se pueden hacer diferentes cosas muy hermosas, pero para hacerlo se necesitaría mucho tiempo, ni siquiera limpiar la casa, ni tender la cama, ni nada, es dedicarse nada más a eso, como cuando está uno chico, que está como pajarito y le dan todo en la boca.

Aprendí alta costura, a hacer vestidos. Aprendí con el Martínez de Micé, que es un método para tomar medidas, y luego, sobre la misma tela, se va haciendo el vestido, o el patrón como ahora le llaman. Eso me lo enseñó mi tía Domitila, que fue modista de alta costura, aunque también tomé clases para aprender el método Acme. Se empezaba por pegar cuellos, el biés o hacer sisa. No me acuerdo cómo se llamaba la profesora de la clase de costura, que era muy competente, y nos enseñó por medio de medidas a hacer los patrones. Ahora veo los vestidos, bien cosidos, bien hechos, y hace muchos años que los hice. El último vestido que me hice con patrón fue hace cincuenta años, cuando se casó mi cuñada y me invitó para que fuera madrina. Y me hice un vestido. Para eso encargué la tela, la pedí a San Luis Potosí y me enviaron un muestrario de tafetas, entonces sí eran sedas, no como ahora que todo es acrilán, aunque tiene su ventaja, porque no se arruga como con un vestido de lino, con el que no puede uno ni sentarse. Ése fue el último vestido que hice. Durante muchos años me hacía vestidos, batas y ropa sencilla para la casa, pero ya no hacía ropa de alta costura.

Creo que cada quien nace con una habilidad. Por ejemplo, si veía una puntada que no sabía en el tejido de dos agujas, entonces me iba caminando una cuadra detrás de aquella señora que tejía, y llegando a mi casa sacaba la puntada. A mí, Angelita me enseñó nada más revés y derecho, y mi abuela el nudo y unas onditas. Como las bolas de hilo crochet, tanto de La Cruz como de La Cadena, traían un papelito en el que venían las muestras del encaje de *frivolité*, yo las sacaba. La que sabía hacer ese tipo de encaje era mi abuela materna y anduve mucho tiempo detrás de ella –¡mamá Chita, mamá Chita!, ¡enséñeme!–, hasta que un día dijo: “¡Bueno, niña!”, y empezó a enseñarme. Yo no conocía esas cosas en las que enreda uno el hilo, las lanzaderas. Ahora las tengo por docenas porque he tejido bastante y he hecho mucho encaje. Mi abuelita enredaba el hilo en una caña de maíz, y ahí lo prendía en una rajadita; al encaje de dobles nudos yo le decía “orejitas” aunque tenía otro nombre.

Cada quien escoge. Cuando todavía era niña, o muy jovencita, junté dinerito y pedí una enciclopedia que se llamaba *Labores de mujer*, que todavía tengo por ahí. Ahora ya no puedo trabajar mucho, porque me pongo mal; no puedo ni leer porque me sube la presión. Tengo libros muy hermosos de puntadas de dos agujas, enciclopedias y cuadernos en italiano y francés, a los que algo les entiendo, para hacer suéteres con esas puntadas tan hermosas. Parece que en Europa empiezan por el cuello, de ahí sacan las mangas y acaban abajo; nosotros, o al menos yo, empiezo desde abajo y termino los suéteres arriba.

Es una habilidad con la que nace uno. A mis ahijadas les tejía abriguitos: hice uno amarillo con flores cafés, cardado, y con su sombrerito. Tejía calcetines, guantes, suéteres, chambritas, sacos, bufandas. Cuando todavía no sabía tejer zapatitos de niño, fue de visita una amiga de mi mamá con una niñita en brazos –ahora ya será bisabuela–, miré los zapatitos tejidos y le quité uno. Lo revisé y, después de mucho batallar, de tejer y deshacer, logré sacar la

muestra del zapato. En estos tiempos es muy poca la gente que teje. En la época de mi hija, y ahora en la de mis nietos, es muy diferente. A mi nieta chica le rogué que tejiera: “Sí, abuelita, sí sé tejer con dos agujas”. “Pero nunca has hecho un suéter, ni siquiera una bufanda para el novio.” Ahora las mujeres y las jóvenes se preparan de un modo muy diferente.

Aprendí a hacer *smock*, y punto de cruz no se diga, porque así lo educaban a uno. Antes se dedicaban a la costura, a coser, a tejer, y yo, de costura, gracias a Dios, domino todo: deshilado, malla, bordado a máquina, como antes se usaba, aunque ya eso se acabó. Todo pasó a la historia. Además, ahora están esas máquinas benditas a las que nada más les pone uno el pie y hacen cordón, pegan encajes y lo que uno quiera. Bordaba a máquina y bordaba al pasado, que era con un montón de agujas con aquel hilo de seda, el filosel.

De jóvenes también fuimos a clases de cocina con una señora recién casada, que se llamaba María Luisa, esposa de un maquinista. Nos dio clases de pastelería en San Luis Potosí. Íbamos una prima que ya murió, Azucena, y otra muchacha, Lupe. La señora tenía un cocinero chino que nos enseñó a partir las verduras, pues cada una tiene su modo de partirse, al igual que la cebolla y la zanahoria: “¡No, m’hija, así no se parten; una cebolla se parte así!” Nos enseñó a escoger verduras y frutas. De las calabazas, la chiquita, la que tiene la colita blanca es la buena, porque la café amarga. Y practicaba lo que aprendía en casa de mi tía Domitila cuando iba a pasar temporadas con ella. Me invitaban, iba por ocho días y me quedaba tres meses, no querían que me fuera, pues como no tenían hijos me quedaba tres meses de vacaciones hasta que iba mi papá por mí. ¡Déjela, don Panchito, déjela otro rato!

No existía la televisión, pero sí teníamos fonógrafo y piano. También nos gustaba mucho leer. Siempre tuve el vicio de leer, y de joven leí mucho, casi todos los clásicos franceses, porque tuvimos

un tío que dejó toda su biblioteca en casa de mis papás y de allí agarrábamos para leer, pero mamá nos inició en la lectura con cuentos de todos los clásicos. Después, cuando era más grande, iba subiendo la lectura, porque es cuando uno está en la edad de querer saber lo que no le importa o lo que no debe. Yo leí a un escritor del que mi mamá nunca aprendió a pronunciar su nombre, y le decía Montepan, Montepen, Montepin a Maupasant. Luego leí a Pierre Loti.

Mi mamá nos enseñó a pintar al óleo cuando estábamos muchachas, y los colores costaban quince centavos. Después, una señorita que fue a mi tierra nos enseñó a pintar en organdí, de aquél, porque de ése ya no hay ahora. Con la litografía a mano se le acaban a uno los ojos. Me gusta la pintura, me gusta lo hermoso. Siempre que viajábamos a Nueva York íbamos al museo y me sentaba frente de una Juana de Arco que está en un bosque y que hasta parece que habla.

Hasta la fecha sigo leyendo, y leo mucho. Me gusta leer *El Búho*, el suplemento cultural, porque ahí vienen los escritores de los últimos tiempos. No me gusta la poesía de ahora, a mí me gustaba la de mis tiempos, la de Amado Nervo; yo fui de la era romántica porque también leí todas las novelas románticas mexicanas.

Llegó a mi pueblo un matrimonio. El señor era inspector de escuelas rurales, esto fue en los tiempos de Lázaro Cárdenas. Samuel Ordaz era su nombre, poblano, muy decente. Hay que apreciar a las personas por sus cualidades y no por sus defectos, uno muere con ellos. Hizo amistad con nosotros, fue muy amigo de la familia. Nos conoció porque estaba buscando maestras, desde luego no gente de dinero sino de buena conducta, y que, además, supiera. A mí me preguntaron si quería enseñar, y sí quise. Además, yo estaba preparada para todo desde muy joven.

En el pueblo había muchachos muy grandes, algunos trabajaban con mi papá, que no sabían leer ni escribir. Había mucho

analfabetismo en ese tiempo, y nosotros ya habíamos dado clases, pues mi padre siempre enseñaba al que no sabía; les enseñaba a leer y escribir y yo le ayudaba. A mis amigas les enseñaba a hacer funditas de encaje de *frivolité* y otras cosas que había aprendido. El señor vio que yo sabía. Mi mamá y mi papá no querían que fuera, pero tanto me empeñé, que conseguí que me dejaran.

Empecé a trabajar en la mina de Huascalám, que es de azufre, dicen que la segunda del mundo. Nosotros vivíamos enfrente. En el garaje de la que había sido la casa de los ingenieros, que era muy grande, formamos la escuelita. Con un pizarrón de tela y cada quien llevaba su silla o sus banquitos, porque no había pupitres, todo fue improvisado. Ahí empezamos la escuela con niños desde siete años hasta muchachos de catorce.

Yo vivía con un matrimonio, la señora Anita, que era esposa de uno de los capataces de la mina e hija de un trabajador de mi papá. A sus hijos yo los tenía en la escuela y los enseñé a leer y a escribir. A las señoras les daba clases de costura, mejoramiento de escritura, lectura y cuentas, que no pasaran de cien. Los sábados enseñaba cocina y, a veces, hasta aseaba los salones.

Como al año –no me acuerdo bien–, pasé a la Hacienda de Peotillos, a hacerme cargo de la escuela que estaba en bancarrota. Era una escuela muerta que ya nadie quería. Ahí vivía mi tío Silvestre con su esposa, mi tía Domitila; él era el comprador de ixtle, porque esas haciendas eran ixtleras.

La de Peotillos era una hacienda como a cincuenta kilómetros de San Luis Potosí. Fue muy importante en el estado porque era muy rica y grande. Durante la guerra de Independencia ahí tuvo el insurgente Mina una batalla. La casa grande tenía un patio enorme, corredores y casas, donde hacían mezcal.

En la escuela de la Hacienda de Peotillos ya había pupitres, aunque todos desbaratados. Aun así se empezaron las clases. Se llamó a una junta a los padres de familia y se formó el comité, se nombró a uno que se responsabilizara del comité y de lo que tenían

que hacer los padres. El dueño de la hacienda era el que me pagaba, entre los papeles viejos tengo copias de los recibos. En 1934, me enviaron una carta con el original del nombramiento que me hacía la Secretaría como maestra rural de la escuela Artículo 123 de la Hacienda de Peotillos, para que lo presentara al propietario o representante de la finca, que era el señor José Muriedas, para que me pagara el sueldo de 54.74 pesos mensuales.

En esa escuela también tenía en las tardes clases con muchachos, y en la mañana y a medio día con los niños. Entraban a las ocho y salían a las doce; luego entraban a las tres y salían a las seis; ya después, dos horas para los de la nocturna. En las mañanas y en las tardes también iban las señoras a la costura. Así era todo el día, todos los días.

Cuando estuve en las demás escuelas, por ejemplo en La Libertad, ya era directora. Ahí reuní a un grupo de muchachos y les enseñé lo poco que sabía de música, entonces se animaron y formamos una orquesta; después llevaron a un profesor, se compraron sus instrumentos y aprendieron más música. Ahora dicen que todo eso está cambiado.

La Hacienda de Peotillos fue ya Escuela Rural Artículo 123, después pasé a La Libertad, pero ésa pertenecía a la federación. Eran escuelas de la época del general Cárdenas. Allí nada de religión.

Mi hermana grande, Chelo, también estuvo de profesora en una escuela que se llamaba Del Ranchito. Ella tocaba perfectamente el piano, porque mi mamá fue nuestra primera profesora; antes de leer y escribir, yo tocaba una pieza a cuatro manos con ella. Chelito fue profesora por toda la preparación que a mi mamá le gustaba darnos, pero estuvo solamente seis meses porque se retiró para casarse. Yo duré muchos años trabajando porque me gustaba. Al mismo tiempo seguía aprendiendo, a como diera lugar, todo lo que podía, porque cuando a uno le gusta aprender es como quien tiene hambre y come; para mí era aprender y aprender. Yo duré como maestra rural unos diez años. Así fue mi trayectoria.

La Secretaría de Educación Pública era muy activa. Hacía muchas reuniones para capacitarnos. He guardado cartas o invitaciones a cursos de superación para las maestras rurales, para que estuviéramos al día en los conocimientos y, sobre todo, para que supiéramos del socialismo y de la educación socialista. Tengo una invitación del Departamento de Enseñanza Agrícola y Normal Rural, en la que querían que participara en una Misión Cultural, una reunión en San José del Corte, Municipio de Mexquitic, en abril de 1935, del 18 de abril al 12 de mayo, que organizaba el Instituto Magno de Mejoramiento Profesional.

Nos embarcamos en tren, no me acuerdo si lo pagaba la federación o el municipio, pero nos fuimos. Dividieron al grupo, porque éramos muchos maestros, matrimonios y muchachas solteras como yo. Los grupos en que nos dividieron quedaron así: los jóvenes eran los meseros y nosotras íbamos a la cocina a hacer comida; éramos cinco maestras y tres maestros los que atendíamos, a mí eso me valía porque estaba preparada, en cambio, la ecónoma que nos dirigía no sabía mucho.

A todos los maestros nos dio clases un grupo grande de profesores de México que fueron a capacitarnos. Había una profesora de tejido a quien yo había enseñado; también dieron clases de costura, y como a mí eso me fascinaba y sabía muchas cosas, estuve muy atenta para aprender lo nuevo. También fue un pintor, y profesores de aritmética, matemáticas, y todas las materias más elevadas, desde luego. Tuvimos clases de música, pero para principiantes; yo ya tocaba el piano, creo que había terminado el segundo método de Slava de solfeo, y me tocó con personas que ni siquiera conocían la O por lo redondo de la música. También había muchachos músicos que ya tocaban instrumentos, como guitarra y violín.

Luego nos dieron unos papeles con la calificación de lo que estudiamos. Las materias fueron: Lengua Nacional, 7; aritmética y geometría, 7; ciencias sociales, 7; ciencias naturales, 8; canto y música,

8; educación física, 7; escritura, 7; dibujo, 8, y economía doméstica, 7. En las materias de orientación socialista nos daban: concepto general de socialismo, historia del movimiento obrero, origen de las religiones y cooperativismo, y saqué 9 en todo. Mi promedio general fue de 9. También hacían estimación de personalidad y conducta, 10; aplicación, 10; cooperación, 10; solidaridad, 10; espíritu de servicio, 10. Nos dieron un diploma y una nota laudatoria que decía: “Por presentarse a estudiar en el Instituto Magno de Mejoramiento Profesional, demostrando con ello los deseos de servir con mayor efectividad a la tarea cultural que le está encomendada”. Con eso se aumentaban los puntos del escalafón para los ascensos, lo mismo que por puntualidad y aprovechamiento. A las laudatorias, por cierto, el inspector era el que les ponía el nombre; se las repartían a uno como repartir propaganda, iban y las aventaban, como dar volantes.

Después, ese mismo inspector estuvo en otra zona de San Luis Potosí y me cambió a otra escuela, La Libertad. No me acuerdo cuántas casas habría allí, era de una sola calle, región lechera, un ranchito donde tenían vacas, ordeñaban y llevaban a entregar leche a San Luis Potosí.

Tengo un oficio en el que se describen las condiciones en que recibía la escuela Rancho de la Libertad, en San Luis Potosí, en el año 1935. Así también tenía uno que entregar inventario de todo lo que había: libros, pupitres, pizarrón, y todo eso, y cuando uno se iba tenían que firmarle de recibido. En la escuela del Rancho de la Libertad ya recibía sesenta pesos mensuales, y era de la federación.

Después de ahí me trasladaron a Guadalupe Victoria, de donde me fui por una permuta con una muchacha que trabajaba en un pueblito cercano, llamado El Tepetate –más bien una comunidad–. El inspector me dijo que me fuera a esa escuela porque era de la federación, pues a las maestras de la escuela del estado, a las

que les pagaba el municipio, les debían tanto que ya no iban a dar clases, se pusieron en huelga.

Estaba comisionada como directora en El Tepetate, Municipio de Cuatro Ciénegas. Cuando estuve allá fue cuando ocurrió lo de Cedillo, en la época de Cárdenas. El general era muy bueno, se propuso que la gente supiera leer y escribir, impulsó las escuelas rurales e hizo mucho para ayudar a quien no tenía nada. Además, en ese entonces la Secretaría nos daba libretas y lápices. Todavía en El Tepetate, Cerritos, me tocó que me regalaran un pizarrón mural grande. Hice un oficio, no me acuerdo a quién, para que me dieran semilla de sorgo para hacer las escobas.

Los lunes me llevaba mi papá a la escuela muy temprano, y el viernes en la tarde me llevaban los muchachos, en burro o a pie, a mi casa, que no estaba muy lejos. Cuando estaba en la escuela, una señora ya grande me acompañaba y se quedaba conmigo. Mi papá iba a verme seguido con mi mamá, y también una hermana, que siempre andaba conmigo, la más chica, la que ahora es viuda. Así que vivía en la escuela, no iba y venía a mi casa a diario, sólo los fines de semana. Había un cuartito que era la casa de los maestros, pero yo prefería quedarme en el salón, donde todos los días se quedaban conmigo seis o más muchachas. Juntaban los bancos para hacer su cama y estábamos contentas y echábamos relajo. Ahí tuve un accidente. Un día llegó un remolino y levantó el techo de la escuela. El salón era largo, tendría ocho o diez metros, más o menos, y el techo era de lámina o calamina, que le dicen. Tenía cuatro ventanas y una puerta atrás y otra en el frente, debido al calor abríamos todas las ventanas.

Aquel día llegó un remolino, y como quien voltear una hoja de papel, el viento levantó el techo. Estábamos en la clase de costura para adultas, por ahí de las cuatro o cinco de la tarde, cuando el remolino nos sacó como si fuéramos de papel, yo por la puerta principal, detrás de dos muchachas, mientras que las señoras de la clase salieron por la puerta de atrás.

Debajo de las láminas quedó Altagracia, con raspones en la espalda, y otra muchacha que sí se fracturó la pierna. Después que nos sacaron a todas, levantaron las láminas. ¡Qué buen susto nos llevamos!

En septiembre de 1940 se hizo el Primer Encuentro Interejidal de Atletismo, en el que participaron los grupos de mi escuela. En la invitación decía: “Hacer deporte es hacer Patria”. El maestro de educación física que hizo el programa no puso los nombres de las personas, ni de los ejidos ni de las escuelas ni de las maestras que participaron. Como siempre, otros se pararon el cuello. Se hacía mucho deporte: se participaba en carreras, salto de garrocha, salto de objetos; hasta mi hermana la menor competía, saltaba metro y medio, a ella le decíamos *la Marota*. Eso fue en el ejido del Tepetate, cuando estuve al frente de la escuela.

En octubre de 1943 me retiré, pedí licencia y me fui. Para entonces mi título era de maestra rural clase C, con 90 pesos mensuales. El director de Educación Pública Federal de San Luis era el señor Hilarión Rubalcaba.

Después que renuncié, me fui a mi pueblo. Estaba en mi casa, pero llegando, me solicitaron para que diera clases en la escuela particular de Cerritos. Durante un tiempo no había escuela particular, sólo la del gobierno, pero los padres de familia que más dinerito tenían la mandaron hacer. Solicitaron maestras para que fueran a ayudarlos y ahí estuve. Una temporada también trabajé en la escuela semiurbana, como ayudante de directora en primer año. Después me retiré definitivamente y no volví a ejercer mi profesión. No me acuerdo muy bien cuánto me pagaban. Tal vez, 60 pesos, de aquellos que aventaba uno y sonaban como campanita. Después nos subieron a 72, creo, y cuando me retiré eran ya 90 pesos.

Me siento muy orgullosa de mi trabajo, sobre todo porque nunca hice trampa, de lunes a viernes, y hasta los sábados, daba clases. Gracias a Dios que fui así; eso me satisface. Porque me tocó ver

maestros que no tenían interés, como por ejemplo el que llevaron a La Libertad, lugar donde yo estaba muy bien organizada, pero como era cosa del sindicato, nada más iba el día que podía y si no, no. Algunos maestros llegaban el miércoles, y el viernes regresaban a sus casas.

Cuando fui ayudante de la escuela semiurbana en Cerritos, teníamos que firmar un papel donde constaba que habíamos dado clases para que nos pagaran más. A mí eso no me preocupaba porque siempre di mis clases, no faltaba ni llegaba tarde. Además de enseñar, que era lo que me gustaba, la pasaba muy bien. Como mis padres eran gente de posición, les hacía regalos, ya que nunca estuvieron atentos a que les diera dinero ni a mi trabajo.

A las que éramos gente decente y no andábamos con porquerías ni inmoralidades, siempre nos trataban bien en haciendas y comunidades. A mí la gente me apreciaba, me quiso; eso sí, nunca fui a bailotear ni a meterme en su alegría de ellos. Precisamente cuando llegué a La Libertad me dijeron: “Señorita, ¿cuándo va usted a hacer un baile?” “¿Baile, yo?, ¿por qué? No vine a hacer bailes, vine a enseñar”.

Del otro lado de la escuela estaba la iglesia, la capillita, y tenían la costumbre de sacar las bancas y las mesas de la escuela para prestarlas a la iglesia en las fiestas, y hasta cuando se morían los niños. Cuando llegué les dije: “De aquí no sale ni una banca para esas cosas; del otro lado está el templo de Dios, y la escuela es el templo del saber.

Todos me cuidaban. Cuando me cambiaron de La Libertad un viejecito me dijo: “Ya se llevan a la muchachita, ¿por qué se la llevan?” Me cambiaron por orden del inspector para poner a un muchacho, y ni modo. No me quejo, nunca hubo para mí ningún desprecio; todos trataron de servirme siempre, dondequiera tuve muy buena aceptación, nunca me molestaron.

Cuando estaba en El Tepetate, balacearon a un muchacho de apellido Jaramillo, también profesor rural –aunque no me acuerdo

en qué comunidad—, y al jefe de los ejidatarios, al que le entró una bala por el hombro y le salió por la espalda. Lo atendieron y curaron en Cerritos, y lo llevaron a una pieza del hotel, donde a todos los maestros nos tocó atenderlo un día. En esa época mataban a muchos maestros rurales, creo que por políticas. Había jóvenes enardecidos queriendo meter ideas de otros países, y yo decía: “Si tenemos nuestra Constitución, que es tan buena, ¿por qué andamos de aprendices?” Pero ¡cada cabeza es un mundo! Por otro lado, en los púlpitos se la pasaban hablando mal de los maestros, de la educación socialista, del gobierno, ¡qué no decían! Por eso no soy partidaria de nadie.

El calendario escolar era así: se trabajaba seis meses, de enero a mayo, y en junio eran vacaciones. Las clases empezaban en julio, y en diciembre había otro mes de vacaciones; después cambió el calendario y también el horario, que era corrido. Entraba uno a las ocho y salía a las doce, luego regresábamos a las dos y media o tres, y salíamos a las seis. Las tardes siempre las dedicábamos a costura, dibujo o trabajos manuales. Luego teníamos la nocturna, de siete a ocho, con los muchachos grandes. Todo eso pasó como quien va sobre patines, y nunca tuve dificultades porque me gustaba enseñar.

Todos mis hermanos hicieron su primaria y su secundaria, pero se dedicaron a trabajar. Paco trabajó en la Compañía de Cigarros La Moderna, creo que empezó en Mazatlán, donde se casó. Toñito se fue a la compañía de galletas Famosa, y cuando se jubiló, trabajó con Paco. Todos llegaron a tener puestos de gerencia, porque son muy trabajadores, y ya se jubilaron. Paco tiene una oficina dedicada a la publicidad, hace anuncios, y está por la avenida Zaragoza, donde trabajan también sus yernos y su hijo. Everardo vive en Puebla, y aunque terminó su secundaria se fue de agente viajero, le gustó más viajar y ganar dinero que estudiar, porque para el estudio se necesita tener madera. Mi sobrino Memo, ayudado por

todos –desde sus abuelos, que eran como sus padres, y mis hermanos–, se hizo médico, y luego se especializó como cardiólogo; vive en Baja California, donde tiene su clínica y vive con su esposa. Tiene cuatro hijos, dos hombres y dos mujeres que ya están casadas.

Chelito, mi hermana mayor, fue profesora unos seis meses y luego se casó. Después le siguió Locha, que nada más terminó la primaria, y a los dieciséis años se casó con un capitán militar; tuvo ocho hijos, de los que ya siete están casados, cuatro hombres y tres mujeres. Luego fueron Amparo y Paco, y sólo quedábamos Toño, Lalo y yo.

Yo, como maestra, estaba dedicada a preparar las clases y a revisar las lecciones. En esos tiempos uno era maestro de todo, no de una o ciertas clases sino de todo, por lo que en la escuela se me pasaban rápido los días. Por un lado es bonito, porque vive uno entre niños, pero también se atrofia la mente, porque ya sólo sabía lo que se enseñaba a los niños en el primer año. Duré muchos años trabajando porque me gustaba y, al mismo tiempo, seguía aprendiendo todo lo que podía.

Aunque ya había estudiado música con mi mamá, fue en Cerritos, de ayudanta en la escuela semiurbana, cuando me dediqué a estudiar piano más avanzado, y hasta participaba en conciertos. Estuve en uno de fin de cursos en noviembre de 1943, y en el programa dice que toqué el vals *Fausto* de Gounod. No me acordaba hasta que lo leí; estuvieron Guadalupe Ruiz y Delia Díaz, todas discípulas de Luchita, la directora de la Academia Durand. Fue por esa época cuando conocí a mi marido y, después de haber sido profesora federal, fui maestra de limpiar casa y pisos, de fregar, y de todo el trabajo de la casa.

Mis papás, cuando quedaron sin hijos, se fueron a establecer a la estación de Rascón, San Luis Potosí, junto con su nieto, Guillermo. Mi hermano el grande se había casado y vivía en la ciudad de México, y Toño estaba por irse a Estados Unidos, como tanto muchacho.

Ya tenía todo arreglado, había renunciado a su trabajo y fue a Rascón a despedirse de mi papá, quien le dijo: “No quiero que te vayas”. “Si usted no quiere que me vaya a Estados Unidos, vámonos todos a vivir a México”.

Fue cuando quitamos la casa de Cerritos. A mí me tocó quitarla y empacar, dejé todo embodegado y me fui a México. La casa se cerró con todo empacado, se rentó, y después se vendió. Mi papa traspasó su negocio. Llegamos a la ciudad de México hará casi cincuenta años. Mi papá puso un comercio en la calle de Guerrero, le traspasaron una miscelánea y puso un negocio de dulcería y fruta fina —manzana, uva, cereza y pera—, con mi hermano el que se quería ir a Estados Unidos. Después me casé, y luego Toñito. Sólo quedaron mi mamá y mi papá con el nieto al que veían como hijo, y nadie le ayudaba a mi papá en la tienda.

Después de la escuela particular fui de ayudanta a la semiurbana, y de ahí me retiré definitivamente. Me fui a pasar unas vacaciones a Rascón, donde estaban mis papás, y de regreso a mi pueblo, en el tren, conocí al que ahora es mi esposo.

Había comprado boleto de segunda porque sólo viajaría unas cuantas horas, pero como no hubo lugar, me pasaron a primera. Él iba en viaje de estudios, había terminado la carrera, aunque no había hecho todavía su tesis. Había un lugar libre, “¡Eh!, siéntese aquí”. Iba yo con otra señora que llevaba a su hija, Pachita, al colegio en San Luis y le dije: “¡Pachita, siéntate!” La senté junto a él y, nada más arrancar el tren, empezó a platicar. Después la niña se paró y se fue con su mamá, que se había sentado más adelante. Nosotros seguimos platicando. Para entonces no estaba yo tan atrasada, leía y estudiaba, y conversamos de muchas cosas. Como no me vio tan analfabeta, me pidió mi dirección y se la di. La que después sería mi madrina de bodas llegó ese fin de semana a la casa y le conté lo ocurrido. Me dijo: “¡Contéstale, contéstale a ver qué pasa!” Y así fue como nos empezamos a escribir. Él me mandó

una tarjeta y la contesté, a partir de ahí duramos unos cuatro años escribiéndonos.

Llegué a la calle de Valladolid, porque allí vivía mi cuñada. El departamentito tenía sala, comedor, recámara y otra pieza donde yo me quedaba, pero eran departamentos de un solo baño. Mi cuñada quiso que le enseñara a hacer chambritas, zapatitos y toda clase de ropa. En la misma calle, a media cuadra, estaba la tiendita de la señora Cárdenas, Hortencia, que ya murió, y que era mamá de Elsa Cárdenas. La tienda era chiquita, se llamaba La Cigüeña y fui a comprar estambres. Así nos conocimos. Un día me preguntó: “¿Usted teje? ¿No tendrá tejidos que me enseñe”. Y le llevé un suéter terminado para muchacha, y uno chico para niña y lo demás que hacíamos. Entonces me pidió que le tejiéramos: “¡Hágame unas chambritas!”, y me dio el estambre. Entre mi cuñada y yo le tejíamos, pues para entonces ya sabía tejer zapatitos y chambritas. Cuando iba a entregar los pedidos, platicábamos.

En La Cigüeña vendía todo para el bebé; compraba ropa en distintas fábricas y le mandaba a su hermano, que vivía en la frontera y tenía también una tienda La Cigüeña. Él, a su vez, le mandaba cosas de allá. Empecé a ayudarlo a arreglar el aparador. Un día me dijo: “Me voy de vacaciones, ¿no quiere quedarse al frente de mi tiendita?” “¡Ay, señora!, si usted ni me conoce, ¿cómo sabe que le cuidaré bien la tienda?” “La gente decente luego, luego, se conoce. Nada más al verla se sabe quién es”, me dijo. Cuando regresó la señora le hice cuentas de lo que había vendido y le conté lo que había pasado.

Por entonces era novia de mi marido. Cuando andan de novios nada más la rondan a uno, así que cuando salía de trabajar me iba a ver, aunque no todos los días porque estaba estudiando para recibirse y haciendo la tesis. Nos casamos en febrero y él se recibió el 3 de mayo.

Después me fui a atender otra tienda, y la señora Hortencia a donde vivía su hermano, a Tijuana, a la otra Cigüeña. Ella conoció a mi marido. Estando ya casada la invité a comer, y ella también nos invitó a su casa.

En la esquina de Londres y Varsovia había una tienda. Los dueños tenían casa de asistencia y estaban buscando a quien dejarle esa esquina. Pidieron referencias a los Taylor, una familia que me conocía: “Es una muchacha decente –les dijeron–, y sus papás viven aquí en la ciudad”. Y me quedé al frente de la tienda de Londres y Varsovia. No la tenían muy surtida, faltaban muchas cosas, pero fiaban. Toda la gente, aunque fuera de alcurnia (por ahí había agregados de embajadas y que hacían cosas culturales), sacaba fiado de las tiendas grandes y también de ésta. Total, la tienda estaba casi vacía, pero como tenía experiencia de haber estado con la señora Hortencia y me había enseñado a ir a las fábricas y comprar el estambre en los depósitos de Uruguay, lo compraba y nos lo llevaban directamente a la tienda. Conocí las calles aquellas de La Lagunilla, donde estaban todas las fábricas de ropa para niños y niñas, ropa buena. Había una fábrica de vestidos de popelina preciosos, para niña, con *smock*, muy buenos y bonitos. Me acuerdo de que llevaba a veces una docena y en un dos por tres se vendían. Llegaron señoras a aprender a tejer, algunas eran esposas de los agregados culturales o trabajaban en la embajada. Allí conocí a Cuquita, la esposa del señor Valadez, que era cuentista, y también lo conocí a él. Se juntaban varias señoras en las tardes a tejer y me compraban el estambre.

Entregué la tienda en 1949, precisamente el año en que me casé. A las señoras les di una participación y varias fueron al matrimonio de la iglesia. Cuquita Valadez fue a la iglesia y después a la casa a felicitarme. Todavía tengo retratos y recuerdos de entonces.

Nos casamos en el Registro Civil, al frente estaba el juez, el casamentero de los artistas, Próspero Guerra. Eso fue el 2 de febrero de 1949 y el 4 nos casamos por la iglesia, en La Coronación.

Fue una boda bonita; mis padrinos fueron don Ricardo, que ya murió, y su esposa Lolita; los otros padrinos fueron mis hermanos Toño y Amparo, madrina de lazo. La iglesia de La Coronación era hermosa como un relicario, pero la vi ahora que la compusieron y la pusieron horrible; a los edificios y monumentos debían de dejarlos morir como mueren las personas, como muere uno.

Mi vestido era muy sencillo, con botonadura atrás, la tela que se usaba entonces era satinada, o algo así, pero muy sencillo porque nunca me han gustado las cosas con tanto adorno, ni los aretes me gustan ni los grandes peinados, creo que siempre he sido muy desabrida.

Yo no tenía ni una silla en qué sentarme, por lo que llegamos a un amueblado. Nos fuimos a vivir a Bucareli, en una de las Privadas Ideal, ya que una paisana de mi marido rentaba y nos rentó, con derecho a cocina y baño, una pieza bien grande. Viví muy bien, un departamento de lujo, parecen casas, muy limpio y muy amplio. Después de darle de comer a mi esposo, él regresaba a su trabajo y yo me ponía a tejer y a leer.

La ciudad se veía tranquila, no había esa cantidad de coches ni tanto tráfico como ahora. Vivíamos en Bucareli, y en la calle de atrás había un cine, al que luego íbamos porque mi esposo es muy amante del cine.

De ahí nos fuimos a las calles de Guerrero. Mi papá nos dijo que un militar nos podía pasar su departamento. Lo lavamos, le compramos linóleo, fumigamos porque había chinches, pintamos todo, hasta el piso, y le hice a las ventanas unas cortinitas. Cambió todo para nosotros, porque entonces apenas empezábamos y no teníamos mucho dinero.

Después me embaracé y vino mi hija. Iba al mandado con un pañuelo mojado en alcohol porque pasaba por una calle de fritan-gas y el olor me daba asco. Alicia nació en el Sanatorio de Lourdes que está en la avenida Chapultepec.

En ese departamento vivimos hasta que nuestra hija tuvo unos seis o siete meses. Subía a la azotea a tender mi ropa y llevaba a la niña para asolearla. Cerca estaba el jardín y la llevaba a pasear en el cochecito. De esa colonia lo que más extraño es que había todo a la vuelta: lechería, tortillería, panadería; y en el edificio, abajo, había un salón de belleza, y adelantito, una piquera donde siempre había teporochos y me tocaba pasar casi corriendo. Me da risa acordarme de que compraba quesadillas de flor de calabaza porque se me antojaban. Fuimos a vivir a la colonia Industrial y fue diferente. Todo estaba lejos, teníamos que acarrear el mandado de los supermercados y no había nada cerca.

Después fue juntar y juntar dinero. Un día que visitamos a mi mamá en la colonia Industrial, le contamos que andábamos buscando otra cosa, ya no en el centro. Me dijo que rentaban un apartamento en piso bajo. Como a los cinco o seis meses nos avisaron que venderían ese edificio, con dos departamentos y los cuartos de arriba para el servicio. Esa casa nos costó 55 000 pesos, que para nosotros era un capital, pero con todo lo que teníamos ahorrado la compramos, y la otra parte se la prestó a mi marido un compañero de trabajo que lo apreciaba mucho, no le pidió letra ni nada, pero religiosamente le pagaba, él también ha sido siempre un hombre de palabra.

Me pasé a Norte 24, y a los seis meses compramos todo y lo arreglamos. Unimos los cuartos de servicio de arriba y formamos otro departamentito; con el tiempo juntamos la planta baja con el primer piso y esa fue mi casa. Cuando Alicia ya estaba grandecita, en segundo o tercer año de primaria, tenía su recamarita con clóset, su baño y se hicieron muchas composturas a la casa.

Además, vivía cerca de mi mamá, tan cerca como ahora yo de mi hija. Así que ahí creció y la inscribí en el Colegio de Guadalupe, en Lindavista. Estudió el kinder, la primaria, la secundaria y el bachillerato. Después pasó a la universidad y nos pusimos a buscar casa cerca de allá, porque esa colonia estaba muy lejos. Duramos

un año buscando hasta que encontramos la casa en la calle de Cabrío, a espaldas del Canal Ocho, en San Ángel.

De la calle de Guerrero nos cambiamos en la víspera de Día de Muertos a Norte 24, y diecisiete años después nos cambiábamos a Cabrío, también en esa fecha. Por las ventanas del comedor miraba al Camposanto Jardín y veía mucha gente, por lo que me di cuenta de que era día de muertos. Ahí duramos, otra vez, diecisiete años.

La terminal del Algarín era en Potrero. Venía desde Real del Monte, pasaba por un lado de La Lagunilla y seguía derecho hasta la colonia Algarín; de regreso pasaba por el centro, para ir a su terminal en Real del Monte, calle por donde iban también los autobuses de la Villa en la colonia Industrial. Costaba cinco centavos. De Norte 24, donde vivíamos, nada más caminaba una cuadrita y ya estaba en Potrero, donde tomaba el Algarín para ir a La Lagunilla, y de regreso tomaba el mismo. A La Lagunilla íbamos a comprar varias cosas.

Cuando no teníamos cochecito, tomábamos ese autobús para ir al cine o al teatro. Creo que eran el cine Regis, el Alameda, el del Hotel del Prado, aunque por mi rumbo teníamos el cine Lindavista, donde pasaban dos o tres películas. Llevábamos a Alicia con una botella de Sidral y algo que comer, y a películas que ella pudiera ver. El teatro al que íbamos era el Virginia Fábregas, a ver obras como *Don Juan Ténorio*. Tuvimos un Fotingo –así le llamaban al Ford–, y fue el primer coche con el que mi esposo aprendió; yo lo acompañaba, y me daba mucho miedo porque aprendió a manejar ya grande.

Las oficinas de la Compañía de Luz donde trabajaba mi marido estaban en el centro, a espaldas del Correo en el edificio Condesa. Íbamos a esperarlo para comer en el vegetariano o en El Hórreo, donde servían cabrito. Eso era los sábados. Los domingos nos levantábamos tarde y nos íbamos al parque 18 de Marzo, le llevábamos a la niña su triciclo y hacíamos día de campo. Por

entonces Lindavista no estaba como ahora, eran puras casas bonitas, chiquitas, con jardines; hoy eso casi no existe, es un amontonamiento horrible desde que la hicieron zona comercial.

De recién casada padecía al hacer la comida. Como soy del centro del país, no sé guisar bien el pescado; ahora sí. Me acuerdo de que una vez eché el pescado con todo y ojos, huesos y arroz. A veces hacía algo de mi pueblo, por ejemplo, guayaba cocida, molida en la licuadora con azúcar, pero no tenía cazo de cobre.

En esa época no tenía lavadora todavía y lavaba a mano y planchaba; mi marido usaba una camisa blanca diaria, almidonada en cuello y puños.

Mi esposo iba a comer a la casa, y cuando llegaba, la comida estaba lista y la mesa puesta. Les daban tiempo limitado para comer. A veces, por la mañana se iba en la carcachita que había comprado, y cuando venía a comer la dejaba y se regresaba al trabajo en un camión Algarín-Potrero.

Un día mi hija le dijo a mi esposo: “Si mi mamá sabe tanta costura, ¿por qué no pide en la escuela donde estoy para dar clases?” “Pobremente, pero tu mamá no tiene necesidad, además me casé para tener a mi esposa en casa.” Y así ha sido. Pobremente no me ha faltado, ¿de qué puedo quejarme?

Él daba clases de matemáticas en las escuelas, una en la calle de Moneda y luego en Camarones. Entraba muy temprano, pero iba bien desayunado. Antes de entrar a la Compañía de Luz ya había dado clases. Toda su vida se ha amolado de lo lindo dando clases y trabajando mucho. Yo también, con todo el quehacer, porque no es igual levantarse y arreglarse para ir a dar clases que amolarse con el trabajo de la casa. Por eso, a las muchachas de ahora no les gusta el trabajo de la casa. Y eso que yo estaba preparada para todo desde muy joven, porque a la edad de mi nieta Carolina, o más chica –tendría unos ocho años– fui aprender a hacer flores en mi pueblo, Cerritos.

Mi hija se inscribió en la escuela de idiomas para tomar clases de inglés más elevado y perfeccionar el que ya sabía. Cuando estaba en secundaria tocaba bastante bien el piano. En la colonia Cuauhtémoc vivía Carmelita Corona, que fue mi maestra de piano un tiempo, cuando todavía estaba yo de novia. Después, ya de casada, María Macedo –que en paz descansa– iba a darnos clases cuando vivimos en la colonia Industrial, a mí y a mi hija Alicia. Vivía en las calles de Acequia y era muy buena profesora, cantaba precioso, sobre todo. Yo también tomé la clase porque ya se me estaba olvidando. Tengo un mueble lleno de partituras con toda clase de música.

Como a mí me lo inculcaron, también quise que mi hija aprendiera muchas cosas. Estuvo en una clase de *smock* y otros bordados; en secundaria la impulsé a que estudiara mecanografía, porque la única en casa que escribía a máquina era yo, y después de cansada tenía que hacerle a mi esposo sus papeles y luego también a mi hija. Yo aprendí taquimecanografía, taquigrafía Pitman y Greg. Cuando trabajaba, todas las conferencias y cursos, cuando teníamos reuniones de maestros, que eran mensualmente, las tomaba en taquigrafía y después las traducía.

Ya en la casa de Cabrío, Alicia se recibió y se casó. Siguió estudiando, hizo su maestría y su doctorado, le dieron la Medalla Gabino Barreda. Le doy gracias a Dios porque se realizó y ha logrado ser lo que ha querido.

Cuando se cambiaron, mi yerno dijo que sería bueno que viviéramos cerca, pues en caso de alguna enfermedad nos ayudaríamos. Además, hemos podido apoyarlos con los niños.

Entre mi esposo y yo casi criamos a los nietos mayores. A donde él iba, iban los muchachos, andábamos con los nietos como si fueran nuestros hijos. El niño es muy cariñoso, me cuenta cosas de las que yo nunca hubiera platicado ni con mis abuelos ni mis papás, ¿qué les iba a contar del novio o de los novios?; y los nietos, tanto conmigo como con su abuelo, tienen confianza y nos platican de todo.

Cuando viene la nieta grande le doy consejos, le digo que es bueno que se vaya haciendo su personalidad y que no porque vea a cien de sus amigas fumar, ella fume. Que si toma, el hombre que la escoja para esposa no va a escoger una viciosa. Mi nieta es buena, bastante buena, pero siempre le digo que la hermosura física es flor de un día, en cambio yo le aconsejo otra belleza. Los nietos, Daniel y Alicia, llegan de la escuela y, en vez de meterse en su casa, se meten en la nuestra.

El 11 de mayo de hace seis años, me paré como siempre, me bañé temprano, como a las siete, y preparé mi desayuno. Había oído la conferencia de una dietista y decía que uno debía cuidarse de tres cosas: harina, aceite y azúcar. Ese día me preparé nada más una quesadilla y té.

Mi esposo fue por Carolina al kinder y les di de comer. Cuando servía la comida noté que en lugar de coger la cuchara sopera cogí una cuchara grande y volteada. Ahora que lo recuerdo me da risa, pero entonces no, porque además se me trababa la lengua. Le dije a mi esposo: “¡Oye, qué cosa tan rara!” Eso fue en mayo. Fui con el cardiólogo y me sacó un electrocardiograma, y me dijo que todo estaba bien, que habría que buscarle por otro lado. Ya en casa lo único que sentí fue un mareo. Me senté y le dije a mi esposo: “No es posible”. Habló al Seguro y vino una doctora, dizque muy buena, pero de esas a las que les falta el don de gente, déspotas; no quiso ni sentarse, me tomó la presión y me dio un pase para La Raza.

Yo vi que a mi papá, cuando estuvo en el sanatorio, lo desnudaban, y dije ¡no! Yo, que ni delante de mi marido me había desnudado, dije ¡no! Y luego la cánula que le meten para que uno orine y esas cosas. Que todos lo vean a uno sin ropa. Total, me resistí.

Al día siguiente me paré temprano, a las seis, como siempre, me bañé, me arreglé y me dije: “Voy a comer nada más una quesadilla y mi café”. Ya me iba a sentar a desayunar, cuando me dieron

ganas de orinar. En el baño todo me dio vueltas, me sentía mareada, como si estuviera en un temblor. ¡Dios, está temblando! Fui al lavabo, me detuve del toallero y me fui resbalando. La chica que me atendía no sabía qué hacer y le dije: “¡Tráeme mi loción!” Y empecé a oler. Salió a decirle a mi esposo, me levantaron y me llevaron a la cama... No supe de mí hasta dos semanas después, cuando me trajeron del sanatorio.

Del sanatorio, lo único que recuerdo es que me caí de la cama. Desperté como a las cuatro de la mañana, no sé bien, sólo me acuerdo de que pedí el cómodo y no me lo dieron. Por más que me estiraba, no lo alcancé y me caí viendo el cómodo. No supe quien me subió a la cama después. Por eso no quería ir al sanatorio, y si me vuelvo a enfermar, en mi casa me muero. Le decía a mi hija: “Ahora sí puedo salir al patio o a la calle desnuda, pues si ya me vio toda la gente en el hospital, ahora ya no tengo vergüenza”. Y nos reíamos.

Fue hace seis años. Creo que estuve en el sanatorio como doce días, en estado de coma.

Me acuerdo de que me decían: “Estás en tu casa”. ¡Mentira! Hasta que un día alcé los ojos y me fijé en la lámpara: “¿Dónde la he visto?” Pensé que en la casa de Cabrío, pero no era la recámara de Cabrío. Pregunté: “¿Dónde estoy?” Insistían que en mi casa. Veía enfermeras, porque contrataron una enfermera para el día y otra para la noche. Rentaron una cama de hospital para mí, y por eso cuando desperté creí que todavía estaba en el sanatorio. Mi cuarto ya no se parecía al mío, me guardaron mi petaca, mi máquina de tejer y estaban sólo la cama y un mueblecito que alguien prestó.

La memoria viene en ráfagas, viene y luego se va. Cuando tuve más uso de razón y me venían las ráfagas de memoria, de recuerdos, empecé a preguntar a la gente: “¿Cómo te llamas?”, porque no sabía ni el nombre de la chica que me ayudaba y que estuvo once años trabajando en la casa, casi se crió en mi casa; ni el de

las enfermeras, que eran dos. La de la mañana se sentaba todo el día junto a mí y me ayudaba a bañar.

Llegó un momento en que más o menos empecé a recordar, y pensaba en lo que me había pasado. Hasta que un día regresaron los recuerdos y le pedí a mi esposo que quitáramos a la enfermera de noche y que él se quedara conmigo.

Me costó mucho reconocer, sólo veía sombras y no distinguía de quién eran; algunas voces, como la de mi marido, sí las reconocía. Luego pedí mis tiliches que habían sacado. También mis lentes, porque no veía bien; además me fallaba el oído y tenía el lado izquierdo del cuerpo muerto.

Más adelante me llevaron una silla de ruedas, y ese día intenté ir por mi cuenta al baño. Me caí. Me fui hasta el suelo, no me podía parar y me dije mentalmente: “Ya te amolaste Teresita, te atrastaste”. Pero saqué fuerzas; como pude me arrimé al sanitario, me agarré fuerte y logré, después de mucho, sentarme en la silla de ruedas. Fue cuando pensé: “Tengo que salir adelante aunque sea con este aparato”. De haber sido tan activa me muevo en esta silla, y pensé siempre que sería una viejita muy movida. Pero así es esto. Le digo a mi hermana Chelo: “En esta vida ya estuve en el infierno y en el purgatorio”.

Fui al sanatorio a revivir. Catarros y enfermedades sencillas me daban y las tuve como todo mundo, pero nunca tan graves como ahora. El doctor dice que, a pesar de lo que me pasó, no estoy tan mal como otras personas. A lo mejor me ayudó cómo viví, porque nunca le entré al alcohol ni he fumado, y también a la fuerza de voluntad que puse cuando me caí y vi que no me podía parar.

Lo que me mortifica es que pienso decir una cosa y me sale otra. A veces no puedo leer, delecteo, voy de letra en letra como si estuviera aprendiendo; y si hay una palabra con bastantes letras juntas, por ejemplo, *p y r*, o doble erre, me cuesta trabajo; eso no me pasaba antes y ¿cómo no voy a sentir feo?, ¿cómo no voy a llorar?

Cuando uno no puede valerse ya por sí mismo, eso no es vida. Al menos no estaba acostumbrada a eso. Me preocupa, por ejemplo, que nunca necesité sirvienta, y ahora dependo de ellas. Estuve en el hospital y ahí ni la televisión me gustaba ver. En la casa puedo leer mientras hay luz, con lo poquito que me queda de vista, porque ya no la quiero forzar. Me pongo a ver la televisión cuando hay programas científicos, que son los que a mí me gusta ver, por ejemplo, los del cuerpo humano y las maravillas de la naturaleza; también me entretengo con alguna telenovela. Después de las cinco me acomodo y me quedo dormida, no sin antes decirle a la muchacha: “¡Fíjate bien, para que me cuentes!”

Me quedo en blanco, y yo misma me pregunto ¿qué hago?, ¿quién soy?, ¿qué estaba pensando? Pues sí, me quedo en blanco, y hasta después de un rato, no sé cuanto tiempo, vuelvo otra vez. Es como si fuera una alucinación, como cuando uno ve en el cielo esas estrellas fugaces que se caen. Desde mi enfermedad, me ocurre a veces que traigo algo en la mano, y lo sigo buscando porque no sé donde está.

La memoria me empezó a fallar cuando era profesora en la comunidad del Tepetate. Después que entró el remolino y levantó el techo de la escuela, noté que se me iba la memoria cuando daba mis clases. Les decía a los muchachos: “¡A ver!, ¿qué estaba diciendo?”, y entonces uno u otro alzaba la mano y me decía en qué me había quedado y empezaba a recordar. Mi papá me llevó al doctor, que me recetó vitaminas y con eso me curé; desde entonces me quedó muy buena memoria.

Cuando el médico me visitó, después de salir del sanatorio, me dijo: “Se va a aliviar, pero ya no será la de antes. A lo mejor no recuerda desde el día en que nació”; y la doctora también me dijo: “¡Ya confórmese, así va a estar toda su vida!” Yo le digo a mi esposo: “Le voy a decir al doctor que sólo me dé una cosa: el ánimo que tenía antes”. Les he dicho a todos: “Si ven que no me baño y que no estoy con mi tejido, es que estoy enferma”. Por

eso quiero acabar de tejer todo ese hilo que tengo, estoy haciendo cuadros; además, tejiendo he memorizado cómo tengo que pensar, ¿cuántos hilos van? Cuando termine, a ver qué hago con el montón de cuadros que salgan, ¡a lo mejor otra colcha! A mí lo hecho a mano siempre me ha gustado; mis colchas, mis cortinas, son tejidas. A mi hija le regalé una colcha y le dije: “¡Cuídala, es la última que vas a tener de las mías porque ya no voy a tejer!” Yo tejo para acordarme y para contar, porque recién salida del sanatorio no podía ni siquiera detener el diario, mi esposo me leía.

No tengo humor, a veces no hago nada. Esta mano no me ayuda ni para ensartar una aguja, aunque no estoy como cuando vine del sanatorio. Ahora ya no me importan muchas cosas, me visto con la ropa y los zapatos que me traen.

Me paraba tan temprano, que a la una de la tarde la casa ya estaba arreglada, la comida hecha y el jardín regado. Ahora, a las seis de la mañana me toman la presión, y luego me voy a la recámara a hacer mis ejercicios y me quedo dormida. A las ocho me paro, desayuno tarde, y como a las dos y media. Sábados y domingos no hacemos nada, pedimos un pollo o una pizza.

Yo siempre estoy hablando sola con mis trastos. Casi cincuenta años de matrimonio. Parece que fue ayer, sólo que hoy ya soy una ancianita. He cumplido más de ochenta –porque cumplo años el 18 de mayo– y lo único que me pinto es el cabello, pues a mis nietos no les gusta verme las canas. “¿Cómo quieren que me vea?, ¿como si tuviera quince años?” El doctor también me dice: “Señora, se le ve muy bien”, y yo, dentro de mí, me veo y me río. Me comparo con otros que antes de los ochenta ya están como pasitas, porque sí hay gente de la mitad de mi edad que está lo que se dice ¡acabadísima! Pero no me puedo quejar de mi vida. He disfrutado mucho. Viajé con mi marido, fuimos al Perú en muchas ocasiones, estuvimos varios meses e hicimos un recorrido por todo el norte del país. Conocí Cusco y llegamos hasta el Lago Titicaca. También

mi hija Alicia, desde chica –de unos nueve años, cuando estaba en cuarto año–, ha viajado con nosotros. Mi matrimonio está registrado en el Perú, en el pueblo de mi esposo, vi el acta porque solicitamos permiso. Fui con mi mamá al arzobispado para solicitar el permiso de matrimonio, así es que para saber si no había sido casado, las amonestaciones las leyeron aquí y allá, en cada rumbo donde vivíamos.

Fuimos a Europa, visitamos Rusia –San Petersburgo me encantó– y otros países. Estuve en Praga, Madrid y Turquía. Hace algunos años volvimos a Europa. He estado en Nueva York y otras ciudades americanas. Los museos eran mi gusto.

De la República mexicana conozco varios estados, principalmente el mío, San Luis Potosí; me sabía al dedillo los nombres de casi todos los pueblos del norte, y ahora como que se me están olvidando, y muchos los conocí. Por ejemplo, las Huastecas. Después de mi pueblo, el que sigue es Cárdenas, después Tamazula, Estación Rascón, Ciudad Valles; esa vía desde San Luis Potosí hasta Tampico la conozco muy bien.

Mi hermana mayor vivió mucho tiempo en Valles; mi cuñado, que en paz descanse, era telegrafista y trabajaba ahí. Todas las vacaciones las pasábamos con ella. También estuve varias veces de visita en Tampico, porque mis dos hermanos, Paco y Toño, trabajaron mucho tiempo en la compañía La Moderna, y nos llevaban a pasear, al teatro y al cine.

No me puedo quejar de mi vida, porque me casé y me retiré del magisterio. Venturosamente me tocó un hombre como mi padre, que no tenía vicios; el único ha sido estudiar, ser ratón de biblioteca. Su pecado era el trabajo y más trabajo. En lugar de gastar el dinero, separaba lo del gasto y lo demás era ahorrar. A mí me enseñaron que lo mejor era para el esposo, además, ahora él es mis manos y mis pies.

Lo primero que le arreglaba a mi esposo cuando nos cambiábamos de casa era su biblioteca. Le mandé hacer sus anaqueles,

y en su estudio tenía un pizarrón. Ahora ya no da clases, desde que se jubiló no enseña en escuelas, pero a veces llega algún muchacho reprobado para que lo prepare en matemáticas. Su estudio está lleno de diplomas y constancias. Siempre fue muy estudioso.

A mí me gustó enseñar, y todavía hoy lo haría, pero ya no tengo humor ni puedo hacerlo como antes. Nunca tuve predilección por las escuelas, para mí todas eran iguales porque me gustaba enseñar. Formé escuelitas en las minas de azufre de Huascalá. Trabajábamos en el garaje, en patios y cada quien llevaba su sillita. También trabajé en haciendas, como la de Peotillos. Después me pasaron a La Libertad y al Tepetate, que eran ranchitos o comunidades chicas. Haber sido maestra me dejó mucha alegría.

Tuve mis amigas, ya todas son abuelas. En la otra colonia, como estábamos más cerca, nos reuníamos ocho abuelas, como yo, y las puntadas que no sabíamos nos las enseñábamos unas a otras; después llevaron a sus hijas casadas, porque como todo se puso tan caro, las mamás empezaron a tejer para sus hijitos, y el grupo se hizo grande. Los miércoles nos reuníamos un día en una casa, otro día en otra; tomábamos nuestro tecito o café. Y toda era gente como antes; de los señores se sabía que tenían sus canas al aire, sus aventuras, pero las señoras no, ¡qué barbaridad!

Mi mamá en la casa, con el enjambre de hijos, porque entonces los tenían como conejos, era una señora muy trabajadora, dedicada a sus hijos, a su casa y a enseñarnos lo más que pudo. Creo que eso lo lleva uno, y eso fue lo que yo aprendí. Mi vida también, todo el tiempo, ha sido de trabajo en casa, cosiendo, bordando, tejiendo, guisando.

Mi papá era una persona muy activa mentalmente para la edad en que murió, porque murió de más de noventa años. Me acuerdo de que ocho días antes de que muriera estaba en su total entendimiento, entendía y platicaba, pero murió porque le empezó a fallar el corazón.

A mi padre lo podríamos canonizar como papá, fue un santo: no fumaba, no tomaba y era muy apacible cuando nos daba consejos. Sólo una vez vi que regañara a mis hermanos, a Francisco y Antonio, y que les diera con el cinto, porque los pescó pegando mosca en el tren, pegándose al ferrocarril, que era muy peligroso. Fue muy bueno y siempre nos habló con diminutivos, siempre sin insolencias.

Ahora, en estas circunstancias, reflexiono que la longevidad la heredé de mi mamá, porque ella murió a los ochenta y cinco años y era activísima, y también como yo, estaba enferma de la presión arterial. Pero también de mi papá, porque llegó a los noventa lúcido.

No me puedo quejar de mi vida, porque ahora que tengo tiempo he visto el árbol genealógico, los retratos de la familia que tiene mi hija en su casa. Ahí está la familia de mi papá, mis abuelos paternos, mi abuelo José Antonio, mi otra abuela, mi papá y sus hermanos. Mi bisabuela española, mi bisabuelo francés y mi abuelita Engracia, a la que le decíamos mamá Chita, muy cariñosa y juguetona.

Me llega el recuerdo de mis hermanos José Francisco, José Antonio y Everardo, el más chico que vive en Puebla. Mi hermana Chelo, la primogénita, tiene ochenta y tantos años y, por ser la mayor, siempre la hemos respetado. Pobrecita, está muy enferma porque se ha descalcificado, vive con su hijo y su nuera. Consuelo, al igual que yo y todas las hermanas, sabíamos todo lo que enseñaban antes las mamás. Amparo ya murió, y de ella sigo yo y después Eloisa, Locha, la más chica.

Hay fotos de cuando yo era chica, en que estoy con mis hermanas. Tuve una cámara cuando era muchacha, cuando ya trabajaba y podía comprar los rollos. Fue una cámara que un tío le regaló a mi mamá y que ella me regaló a mí. Antes, nadie tenía una cámara en su casa ni era tan popular eso de las fotografías.

Desde el día en que me dio el infarto no hago mucho esfuerzo, no quiero más dolencias ni más dolores en mi vida. Trato de vivir tranquila y, ahora que pude contar mi historia desde el día que nací, que pude hablar del día en que me casé, de mi esposo, de mi hija y de mi familia, de mi trabajo como maestra, no puedo quejarme de mi vida.